

## REPARTO

---

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL.....	SRA. PINO.
EMILIA.....	SRTA. BREMÓN.
DOÑA VICENTA.....	SRA. CARO.
PETRA.....	» DOMÍNGUEZ.
ANDRÉS.....	SR. MORANO.
EL PADRE VÍCTOR...	» TALLAVÍ.
DON ANTONIO.....	» VALLÉS.
EL DOCTOR HERNÁN- DEZ.....	» GONZÁLVEZ.

## ALMA TRIUNFANTE

---

### ACTO PRIMERO

---



### CUADRO PRIMERO

Sala de visitas en la planta baja de un sanatorio. Al foro dos ventanas altas con reja, al través de las que se divisan las copas de los árboles de un jardín sombrío. Muebles severos.

#### ESCENA PRIMERA

ANDRÉS y el DOCTOR HERNÁNDEZ. Al levantarse el telón, Andrés, cerca de una ventana, escucha una voz de mujer que canta acompañada al piano. A poco entra el Doctor.

DOCTOR  
¿Cómo va?

ANDRÉS  
¡Doctor! Dije que no le avisaran á usted. Yo hubiera esperado solo. Tal vez estuviere usted ocupado.

DOCTOR  
No; he terminado la visita. No hay novedad. Es un día tranquilo.

ANDRÉS

Sí... oigo reír, cantar. Nadie diría que estamos... en donde estamos.

DOCTOR

Pues esto es lo normal, lo corriente. En cualquier casa de familia bien avenida habrá al cabo del año más disgustos y vocerío que entre mis pobres enfermos.

ANDRÉS

Para ustedes que están acostumbrados; no serán tan pacíficos cuando están aquí: y bien lo sabe usted, ¿qué voy á decirle? De otro modo no aconsejaría usted como inevitable la terrible separación de seres queridos. Solo los que hemos pasado por ello sabemos lo que es eso. ¡Es horrible, Doctor, es horrible! La muerte es más piadosa que la locura al separarnos para siempre de un ser querido. Hora por hora contemplar cómo sin remedio posible se anega la razón, la luz del espíritu, en un cuerpo lleno de vida, de juventud, de fuerza... y es más horrible todavía, que no hay cariño ni compasión que se sobrepongan, en quien advierte desesperado la espantosa ruina espiritual, á un sentimiento instintivo de repulsión por la triste criatura que á pesar suyo no es la misma para nosotros, y á nuestro cariño responde con odio, con desconfianza á nuestros cuidados, con desvaríos á nuestras razones. ¡Es horrible, Doctor, es horrible!... Si no había de sanar nunca, á pesar mío hubiera llegado á desear la muerte de mi Isabel... y la quiero con toda mi alma, y soy cristiano de corazón... ¡Dios lo sabe, que me ha impuesto pena tan dura!

DOCTOR

Sí, es muy triste; la ley debía aceptar la nulidad del matrimonio en estos casos.

ANDRÉS

¿Nulidad dice usted? Eso no. La muerte solo destruye el Sacramento; las leyes humanas nada pueden.

DOCTOR

Corriente; no quiero molestar á usted en sus creencias respetables. La ley humana no lo destruye, pero la ley natural acude al reparo, como sucede siempre que leyes humanas ó divinas pretenden contrariarla.

ANDRÉS

Comprendo porqué habla usted así, pero no acepto esa natural disculpa; soy pecador.

DOCTOR

No se atormente usted; nadie podía esperar, yo nunca lo creí, que su esposa llegara á curarse.

ANDRÉS

Yo debía esperarlo, yo lo deseaba con toda mi alma. Usted lo ha visto, cuando usted mismo dudaba todavía.

DOCTOR

Aún dudo...

ANDRÉS

¿Cree usted?...

DOCTOR

Que la curación aparente es indudable; que yo mismo, aun dudando, que usted menos aún, no podemos oponernos á que su esposa de usted vuelva á su casa, con ustedes. Otra cosa podía parecer, en mi deseo de lucro, en usted...

ANDRÉS

¿Pero usted no cree en la curación?

DOCTOR

No creo, no. Contra la opinión del médico de la familia, de lo que yo mismo observo, de lo que todos vemos, sigo creyendo que cuando la locura hace presa, es para siempre. No creo en eso que llama el vulgo pérdida de la razón, esa razón que se va y vuelve para efectos de dramas y novelas. Si se tratase de una epilepsia larvada, creería que el período de calma se prolongaba en esta ocasión; pero han sido cinco años de constante perturbación, sin tregua de lucidez.

ANDRÉS

Usted mismo dijo siempre que le extrañaba el carácter agudo constante en la perturbación. ¿No podía ser eso un síntoma favorable? Usted sabe que la causa fué una emoción violenta, terrible; no había lesión anterior ni antecedente en la familia.

DOCTOR

Lesión estudiada, antecedentes precisos. Ríase usted de las emociones violentas si no existe predisposición. Si por emociones violentas fuese, usted mismo, la misma madre de su esposa de usted, hubiera podido tras-

tornarse cuando su hija de usted murió de tan horrible manera.

ANDRÉS

Es verdad. Pero Isabel, al ser madre, había sufrido una operación que la imposibilitaba para volver á serlo, y aquella muerte horrible de nuestra única hija, por un accidente, por un descuido del que todos, y su madre más que todos, nos creímos responsables... ¡Ah! Era para que sucediera lo que sucedió; por la vida de todos pasaron entonces la locura y la muerte... ¡Pobres de nosotros! ¿Y teme usted todavía?...

DOCTOR

En toda perturbación de cualquier orden, aparte la predisposición del sujeto, influye también grandemente el medio en que la perturbación se produjo. El cambio de medio puede determinar un cambio beneficioso en el sujeto, que no debe, sin embargo, tenerse por curación en el enfermo ni por corrección en el delincuente, sino simplemente por... adaptación al nuevo medio. Usted lo dijo; al llegar aquí, al observar tan dulce quietud, cualquiera podía creer que mis enfermos no son enfermos, sino secuestrados por sus familias en complicidad conmigo. Y ya ve usted, bajo mi responsabilidad, ninguno podrá volver sin peligro entre los suyos. En estos cinco años solo he podido creer en la mejoría de su esposa de usted; mejoría tan indudable que, lo repito, no es posible oponerse á que vuelva con ustedes.

ANDRÉS

Usted oyó á los padres de Isabel en la última entrevista. Aunque dudara yo, como usted, que Isabel ha re-

cobrado la razón para siempre, debo creerlo, usted lo comprende.

DOCTOR

Sí, lo comprendo. Y como las cuestiones de familia son muy delicadas, compartiré con usted la responsabilidad de lo que suceda. Su señora está prevenida, para disminuir la emoción natural, y hoy mismo, como convinimos, puede volver con ustedes.

ANDRÉS

Mis suegros no tardarán; vendrán en coche desde su finca. Yo he llegado de Madrid ahora mismo y no los he visto; ya quedamos citados aquí.

DOCTOR

Ya saben ustedes lo que les tengo advertidos. Como si estos cinco años hubieran pasado en un sueño; nada de recuerdos, nada de preguntas. Distracción, vida agitada, de pequeñas preocupaciones sin importancia. Y no eviten ustedes que vea niños como antes, al contrario, siempre con precauciones por si volvieran las primeras ideas.

ANDRÉS

¿De modo que usted cree que nos convendrá más vivir en una gran capital que en el campo ó en un pueblo tranquilo?

DOCTOR

Desde luego. A nuevos tiempos nueva higiene. Los modernos hemos aplicado toda nuestra actividad á cambiar por completo el medio en que vivimos, y no nos hemos cuidado de adaptar nuestros nervios á la nueva vida; hay que propagar la gimnasia de nervios. Créalo

usted, la tranquilidad, la vida del campo para remediar la neurastenia, es como la vida cenobítica para evitar el pecado, una deserción y una cobardía. Hay que agerrirse frente al enemigo. Si yo tuviera tiempo escribiría un libro con este título: «La vida en las grandes ciudades como ejercicio higiénico».

ANDRÉS

Y no diré yo que sea una paradoja. Al ocurrirme la horrible desgracia, ¡ojalá no hubiera yo buscado un refugio en la soledad á mi tristeza! ¡ojalá hubiera vivido siempre en Madrid como en estos dos últimos años!

DOCTOR

Sí, la soledad y la tristeza son muy traicioneras... Si hubiera usted consultado conmigo... Ha parado un coche en el jardín. Sus suegros de usted, seguramente.

ANDRÉS

Sí, es la hora. (*Suena una campana.*)

DOCTOR

Ya he dado orden de que pasen aquí. Les acompañará el Padre Víctor, por de contado.

ANDRÉS

Es un santo.

DOCTOR

Sí, es muy simpático, muy tolerante y hombre de gran cultura. Ha tenido usted suerte.

ANDRÉS

¿Porqué?

DOCTOR

Porque dadas las ideas de usted y de su familia, y la influencia que con ustedes tendrá siempre un director espiritual, no han podido ustedes elegir mejor.

ANDRÉS

Es muy bueno, es un santo, él nos salvará.

## ESCENA II

Dichos, doña VICENTA, PETRA, don ANTONIO y el PADRE VÍCTOR.

DOCTOR

¡Señores!

ANTONIO

¡Querido doctor!

DOCTOR

(*Al Padre Víctor.*) ¡Amigo mío!

P. VÍCTOR

Servidor de usted.

VICENTA

(*A Petra.*) Deja eso ahí donde no estorbe y espera.

ANDRÉS

He llegado de Madrid hace poco y creí encontrarles á ustedes aquí; por eso no he pasado antes por su casa.

VICENTA

Es igual. Y diga usted, doctor, ¿mi hija?...

DOCTOR

Sin novedad y mejorando por horas en su aspecto físico. Parece rejuvenecida; es una verdadera resurrección.

VICENTA

¿Lo ven ustedes? Dudaban ustedes de la misericordia de Dios.

ANDRÉS

Yo nunca, señora.

DOCTOR

Yo, por mi parte, soy modesto; no atribuyo á mi ciencia al mérito de esta admirable curación.

P. VÍCTOR

¿Porqué no, doctor? Al César lo que es del César.

DOCTOR

Gracias.

ANTONIO

De modo que no habrá inconveniente en que hoy mismo...

ANDRÉS

Hoy mismo, ahora mismo; el doctor me lo ha dicho.

VICENTA

¿Es verdad? Hoy con nosotros. ¡No me atrevía á esperarlo todavía!... ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi vida! (*Llorando.*)

ANTONIO

¡Por Dios, mujer!

PETRA

¡Vaya, señora! Déjese ahora de llantos. Bastante tiene llorado; hoy alegría, alegría.

DOCTOR

Déjenla ustedes; es natural.

VICENTA

¡Mi pobre santa! ¡Lo que ella ha padecido en estos años!...

PETRA

Ella no, señora... ¿Qué sabía ella? ¡pobre!

VICENTA

Y aún no ha terminado. No sabe una lo que pide cuando pide algo á Dios. ¡Quién sabe lo que tendrá que padecer todavía!...

ANTONIO

Calla, Vicenta, no es ocasión...

P. VÍCTOR

Eso no, doña Vicenta. Si en un pobre cerebro enfermo ha querido Dios que la razón luzca de nuevo, con mayor fuerza triunfará de malas pasiones en los espíritus sanos y en las conciencias honradas. ¿No es verdad, Andrés?

ANDRÉS

¡Señora, no tema usted por su hija, por mi esposa del alma!

VICENTA

¡Hija mía! Ya lo ves. Os separó Dios, él vuelve á reuniros. ¡Bendito sea!

ANDRÉS

Con toda mi alma le rogué siempre.

VICENTA

Y yo lo creo. ¡Erais tan felices, mi hija te quería tanto! ¡Andrés, Andrés, por la memoria de tu madre, que mi hija pueda volver á ser feliz á tu lado, que pueda olvidar estos años horribles! ¡Parece mentira, de todo se acuerda! Me da miedo cuando la oigo hablar de sus delirios, de lo que pensaba, de lo que veía, porque lo veía en efecto... Yo creí que no se acordaría de nada. ¿Es buena ó mala señal esto, doctor?

ANTONIO

Déjate de preguntas. Bastante has mareado al doctor. Y ten muy presente lo que te ha dicho: con ella nada de recuerdos, ni de averiguaciones impertinentes... Y á ti, Petra, lo mismo te digo: que las mujeres, por el afán de curiosear y de saber...

PETRA

¡Por Dios, señor! No tiene que decirme nada.

ANTONIO

Y nada de llantos ahora ni de soponcios.

VICENTA

Descuida, he dado pruebas de fortaleza.

PETRA

¡Ya lo creo, señora! cuando veníamos aquí las dos solas, y la señorita no nos conocía ni quería mirar para nosotras. Muchos días solo de lejos podíamos verla, gritando siempre por su niña, busca de aquí, busca de allá... creía que todos se la habían quitado... ¡Valgame Dios! ¡Lo que la señora y yo tenemos llorado por ese camino adelante!

ANTONIO

Bueno, bien, no charles más. Acabaron los recuerdos. Todo pasó. ¿Han hablado ustedes del punto de residencia más conveniente?

ANDRÉS

Sí, ya hemos hablado.

VICENTA

Lejos de aquí, sobre todo. Ya le he dicho á mi marido que venda de cualquier modo la casita. La compramos solo por estar cerca de aquí.

ANTONIO

Tiempo hay, mujer. No debemos precipitarnos. ¿Quién sabe?...

VICENTA

¿Si tendremos que volver aquí? No lo pienses; me hace daño... ¡No lo querrá Dios!

P. VÍCTOR

No lo querrá; pero don Antonio piensa muy razonablemente.

VICENTA

¡No, Virgen Santa! Que solo por agradecimiento, para saludar á nuestro querido doctor, volvamos á pisar este camino.

DOCTOR

Así será. Su hija de ustedes ya sabe que hoy es el día fijado para su salida. Mi mujer y mi hija la prepararon para que no se emocionara demasiado, y les aguarda á ustedes tranquila. Ahora yo quisiera, y confío en la prudencia de ustedes, que no sean ustedes los que se emocionen.

ANTONIO

Por mí ya sabe usted, desde muy niño estoy acostumbrado á reprimir mis sentimientos.

VICENTA

Vamos cuanto antes; que podamos llegar á casa antes de que anochezca.

ANDRÉS

Sí, sí; cuanto antes.

DOCTOR

Vengan ustedes. Todos no; la señora y la muchacha primero; la ayudarán ustedes á vestirse, á arreglarse... Don Antonio y yo esperamos en el jardín, y allí nos encontramos, y usted nos espera aquí con el Padre Víctor, porque al fin la presencia de usted es la que más ha de emocionarla; de este modo insensiblemente vuelve á todos y evitamos una presentación brusca.

ANTONIO

Muy bien pensado.

VICENTA

Vamos, Petra. Y mucha prudencia.

PETRA

No tiene usted que decirme nada, señora.

P. VÍCTOR

Aquí esperamos. ¡Vayan con Dios!

ANTONIO

(*Bajo al Padre Víctor.*) ¿Cree usted que es ahora el momento de hablarle claro?

P. VÍCTOR

Veremos, veremos. Yo creo que ha de ser él quien hable primero.

DOCTOR

Pasen ustedes.

## ESCENA III

ANDRÉS y el PADRE VÍCTOR

ANDRÉS

Espera usted que sea yo quien hable...

P. VÍCTOR

No, hijo mío. Espero que nada tenga que decirte. Si habló tu conciencia, si escuchaste su voz, esa es la verdad; no busques en mis palabras razones para confirmarla, y menos en tu pensamiento sofismas para obscurecerla.

ANDRÉS

La verdad es... mi culpa... la triste expiación, que debe ser mía solo, como el pecado...

P. VÍCTOR

Es de quien debe ser, de los pecadores.

ANDRÉS

¡No, yo solo! ¡Ella no! ¡Triste criatura, ni sospechaba mi cariño cuando comprendí que la quería con toda mi alma! Entonces yo pude huir, pude vencerme, seguro de que el dolor sería para mí solo... ¡Corazón egoísta! ¡Seguramente si hubiera sido lo contrario, no hubiera vacilado en alejarme para siempre, orgulloso de mi victoria!... ¡Qué fácil sacrificar a los que nos quieren, qué difícil sacrificar lo que se quiere!

P. VÍCTOR

Verdad es; y si así lo entiendes, advierte hacia qué lado va tu deseo; seguro es que al lado opuesto está tu deber. Para apartarnos de su recta senda finge la flaca voluntad conflictos y dudas, el mismo vicio se disfraza de virtud para llamarnos de su parte. Desconfía de esas virtudes débiles, mundanas, que llamáis compasión, tolerancia... El deber es uno, y para él no hay conflictos ni vacilaciones. Cuando creemos luchar entre dos deberes opuestos, es que nuestra torpe voluntad levanta polvareda de batalla que envuelve y oscurece la conciencia; pero no lo dudes, donde está el mayor sacrificio, la renuncia mayor de nuestra voluntad, que es la más alta voluntad, allí está la virtud, allí está el deber.



ANDRÉS

¡Mi deber!... ¡Sí!... ¡Mi esposa, mi Isabel antes que todo! Lo sé. ¿Pero no debo reparar mi culpa? ¿No debo aceptar sus consecuencias como expiación? Como mi pobre Isabel, hay otro ser inocente que tiene derecho á mi protección, á mi cariño: ¡es hija de mi culpa, pero es mi única hija, la hija de mi vida, la hija de mi alma! Pensando en ella, mi corazón y mi conciencia me dicen lo mismo: es inocente, es tu hija, no puedes abandonarla, es tu deber, y, si no fuera mi deber, si ese cariño fuera un pecado todavía, es un pecado que Dios debe perdonar, porque un cariño tan grande solo puede en-viarlo Dios como una absolución.

P. VÍCTOR

O como castigo, si con loca ceguedad, obstinándote en el pecado, desafías orgulloso la justicia de Dios, que castiga donde más se ama.

ANDRÉS

¡No, Dios mío, no! ¡Mi hija no! ¡Que viva, que sea dichosa! ¡Por su vida, por su alegría todo! aunque nunca volviera á verla, si ese es el sacrificio que Dios quiere de mí, el mayor de todos.

P. VÍCTOR

¿Lo ves? Ni quererla sabes. Pides su vida, su alegría, felicidades de este mundo, ¿no es eso? No aciertas á decir como el cristiano: «¡Señor, hágase tu santa voluntad!»

ANDRÉS

¡Sí, padre; sí, Dios mío! ¡Hágase tu santa voluntad!

Pero no me castigues en mi hija... No la veré más... desde lejos velaré por ella; si es preciso, ni aun eso; su madre solo vivirá para ella... Ni sabrá que la quiero, no habré existido para ella, ni un recuerdo, indiferencia... odio acaso si llega á saber... Lo que Dios quiera, pero para mí solo; si no la veo más, para mí ha muerto, ya estoy castigado, pero ella que viva y que rece por mí, porque su madre me perdona, y aunque no me perdona, no puede enseñar á su hija á maldecirme.

P. VÍCTOR

Me desconsuela escucharte. Acobardado ante la idea del castigo para ti más terrible, la muerte de tu hija, pretendes algo así como sobornar á la justicia divina, anticipando tu sacrificio con una vehemencia de pasión que está muy lejos de la serena fortaleza del hombre fuerte. No, pobre criatura, no es así como debes resignarte. Debes amparo y amor á tu hija, la debes cariño de padre, cumplir el deber, consecuencia de una falta, es su más justa expiación, pero siempre que el cumplimiento de ese deber no sea pretexto en tu conciencia para acercarte todavía á la que nunca debió ser madre de tu hija, á la que no puede seguir siendo para ti lo que ha sido hasta ahora.

ANDRÉS

Usted sabe que de ese cariño solo subsiste en nuestro corazón el afecto purísimo y santo por nuestra hija.

P. VÍCTOR

Santo y puro os pareció el afecto que, sin daros cuenta, os acercaba: la tristeza en tu corazón, la piedad en el suyo; dulces y nobles sentimientos, que no podían

pareceros culpables, os unieron torpemente para caer al fin en horrible pecado. El demonio se acuerda de que fué ángel, y, con voz de ángel, finge todavía para inducirnos al pecado. El orgullo humano cree poseer todas las virtudes, y ninguna es segura sin la primera de todas: la humildad.

ANDRÉS

Humilde y resignado aceptaré la regla de conducta que usted me indique, sin una protesta de mi corazón, cueste lo que cueste. ¿Qué debo hacer?

P. VÍCTOR

¿Pero es que nunca pensaste que podía llegar este caso? ¿Qué deseo criminal era el tuyo? La paz en el crimen, que tu esposa solo saliera de aquí muerta, y ese día...

ANDRÉS

¡No, por Dios lo juro!, y no juro en vano; nunca deseé la muerte de Isabel.

P. VÍCTOR

Pero tampoco esperabas su curación. ¿No es eso?

ANDRÉS

Con toda mi alma se la pedí á Dios.

P. VÍCTOR

Pero la ciencia aseguraba que no era posible; aún juzga que la mejoría puede ser engañosa... Piensa en tu responsabilidad si esa infeliz sabe ó sospecha...

ANDRÉS

Sí, ese es mi tormento mayor, el engaño. ¡Si yo pudiera confesárselo todo, si ella pudiera ser el juez de mi culpado...

P. VÍCTOR

Su corazón es tan bueno que sabría perdonarte; pero su triste razón enferma, acaso no podría resistir el golpe. Nunca debe saber la verdad de lo pasado, pero ese silencio debe ser tu última mentira.

ANDRÉS

Usted sabe que no puede serlo. En ese silencio hablará siempre algo que llena mi pensamiento y mi corazón, algo que, si llegara un día de prueba, se sobrepondría á todo...

P. VÍCTOR

¿Al cariño de tu esposa?

ANDRÉS

A todo.

P. VÍCTOR

¿A la salvación de tu alma?

ANDRÉS

El cariño de mi hija no puede ser causa de la pérdida de mi alma.

P. VÍCTOR

¿El de tu hija nada más?

ANDRÉS

Nada más, Padre, otra vez se lo juro.

P. VÍCTOR

Calla, vienen... Ante todo, piedad para esa mártir.

## ESCENA IV

Dichos, ISABEL, doña VICENTA,  
PETRA, don ANTONIO y el DOCTOR HERNÁNDEZ

ANDRÉS

¡Isabel! *(Se abrazan llorando.)*

PETRA

¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!

ANTONIO

¡Vamos! Prudencia...

DOCTOR

Deje usted... Es natural.

ISABEL

*(Acariciando á su esposo.)* ¡Pobre mío! ¡Pobre mío!  
Para vosotros ha sido la pena; yo he soñado. ¡Un sueño  
largo y triste! Dios se ha compadecido de nosotros.  
Eramos demasiado felices.

VICENTA

¡Vaya! Hija mía, no pienses en nada.

ANDRÉS

Vamos de aquí.

ANTONIO

Petra, lleva todo eso al coche.

• PETRA

Corriendo, señor... ¡Bendito Dios! ¡Bendito Dios!

ISABEL

Recoge estas flores. Son de las pobres enfermas, las  
cogieron para mí en el jardín. Todas lloraban al despe-  
dirme. Al salir las dejaremos en la capilla, en el altar  
de la Virgen. ¡Que por su mediación quiera Dios conce-  
der la salud á todos!... ¡Oís? Cantan como niñas... como  
niñas... ¡Andrés de mi alma!

ANDRÉS

¡Isabel!

ANTONIO

¡Doctor!

DOCTOR

No se alarmen ustedes. Déjenla llorar.

P. VÍCTOR

¡Hija mía! Es preciso ser fuerte.

ISABEL

Lo soy, ¿no es verdad, doctor? ¿No he sido buena, no  
le obedecí en todo?

DOCTOR

Cierto. Siempre me fué obediente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ISABEL

(*Al Padre Víctor.*) Y á usted y á todos. No hay cuidado, ya estoy buena y para siempre. ¿Verdad, doctor? Para siempre.

ANDRÉS

¿Quién lo duda? Vamos, despídete del doctor.

DOCTOR

Acompaño á usted hasta el coche.

ISABEL

De su brazo, ¡doctor! También del tuyo; así, como una enfermita convaleciente que vuelve á la vida... necesito apoyo y cariño, mucho cariño... (*Van saliendo.*)

VICENTA

(*Al Padre Víctor.*) ¿Habló usted á Andrés?

P. VÍCTOR

Sí. No teman ustedes. Sabe cuál es su deber, sabrá cumplirle.

VICENTA

¿Pero esa hija?... ¿Qué será de su hija?

P. VÍCTOR

Usted, como madre y como cristiana, ¿cree usted que puede abandonarla?

VICENTA

Eso no. ¿Qué culpa tiene esa criatura?

P. VÍCTOR

Entonces deber de todos es ayudarle á cumplir con su deber.

## CUADRO SEGUNDO

Gabinete modesto.

## ESCENA ÚNICA

EMILIA y ANDRÉS

ANDRÉS

(*Después de escribir.*) No tienes que pensar en nada... Te presentas todos los meses en casa de don Joaquín y él se encargará de todo. Si alguna vez necesitas algo más...

EMILIA

Es demasiado.

ANDRÉS

Es cuanto puedo hacer.

EMILIA

¿Porqué dices eso? ¿Crees que yo puedo dudar de ti? Ni tú de mí; aunque ves cómo acepto con tanta conformidad todo lo que tú dispones. No es por mí, bien lo sabes; yo sola nada aceptaría. ¿Pero qué puedo hacer? Los únicos parientes que me quedan seguirán negándose su protección como siempre; pero ahora justificarían su abandono con mi conducta. De mi trabajo, ¿qué puedo esperar? Me sería difícil volver á encontrar lecciones; las gentes se enteran de todo; por ti mismo debo evitar que nadie sepa de mí; desde ahora viviré